

EL PÍCARO COMO MEDIO
la necesidad de un origen como signo de
legitimidad.¹

Coronada Pichardo

"No recuerdo cómo hice mi pregunta. Pero sí la respuesta de mi madre:

-Te trajo el Maragato en una Cesta -dijo.

-Sí, pero ¿de dónde?

Pues lo que yo quería saber no era exactamente aquello, cómo había venido, sino de dónde.

-Del bosque -respondió uno de mis hermanos mayores.

Callé y me pareció recordar que así había sido en efecto."

De cómo vino al mundo Félix Muris²

El pícaro: percha, medio, proyección

Se sabe de la existencia de un género literario determinado como "picaresco", y también de un personaje, un sujeto, que se denomina pícaro. Ambos suelen ir unidos. Para este trabajo, sin embargo, no me ocuparé la problemática que puedan encerrar estas dos afirmaciones sino la misma creación del pícaro, y el hecho de que el desarrollo del discurso esté condicionado por esa misma conciencia de darse una autoridad y una realidad legítima³.

Partiremos del texto picaresco y de su realidad como tal: de la presencia en él de un narrador que, en el discurso, actualiza algunos momentos de la vida de este personaje denominado "pícaro" y constituye, de este modo, una suerte de biografía. En ocasiones, al coincidir el narrador con el protagonista principal del que se cuentan y presentan sus aventuras, se establece un discurso del tipo de los caracterizados como autobiográficos: el narrador y el sujeto de la acción principal al que se hace referencia son el mismo sujeto, aunque exista, obviamente, una marca de diferencia temporal entre uno y otro, entre el tiempo de la narración y el tiempo de lo narrado.

Ese sujeto, en la mayoría de las ocasiones narrador de su propia historia y de su vida, selecciona para su discurso aquellos acontecimientos, escenas o instantes, que considera significativos para el fin que se propone. Transmitir, narrar la vida de uno, implica recurrir a la memoria, impone mirarse y mostrarse desde una perspectiva temporal retrospectiva; reflexionar sobre uno mismo, sobre lo vivido, lo visto, e iniciar un discurso en el punto de mira de *ese ahora*, con la conciencia de un "haber hecho" y de un ya "haber sido".

El pícaro narra su historia y, en esa labor, desde su inicio y de cara a su discurso, ve que su existencia como "sujeto pícaro" *no es*. Y *no es si no lo es* de cara al otro que lo ha observado, de cara al *él* que lo ha mirado, que lo ha creado: su propio ser resulta de la construcción de otras miradas edificadas sobre aquellos momentos correspondientes a su "vida picaresca". Una vida ésta, que se caracteriza ajetreada y que constituye el origen mismo de su conciencia pícaro. Sin embargo, este personaje no la había sentido así, con esa coherencia pícaro, de manera que el discurso deviene narración del sustantivo (vida) y la toma de conciencia del adjetivo (picaresca). Por eso, el distanciamiento temporal respecto a los hechos que se dispone a narrar —desde un principio, condicionado por lo autobiográfico— puede verse como estrategia que le posibilita emitir un juicio sobre él mismo saliéndose de sí, creándose a través de los ojos de los otros, mirándose a través de ese otro "yo" de *ahora*. Es un sujeto

que narra con la conciencia asimiladora de un yo "ya pícaro".

El pícaro es nombrado así por su existencia (por su hacerse). Un hacerse que *reside* —como apunta Ynduráin⁴— *en el mayor de los casos, en sus tretas y aventuras, no en el carácter que las genera y explica*. El sujeto se caracteriza por ser un *medio*⁵: un personaje tipo percha, donde se cuelgan dichos, opiniones, anécdotas, elementos ajenos a su personalidad y que, en definitiva, le hacen sentir en el ámbito de la no existencia. Nombrarse pícaro viene a ser, pues, no existir. Es tanto como decir *puente, medio; percha*: una estructura que sustenta y expone otras realidades, otros objetos que funcionan y existen aisladamente. Un canal proyectivo de miradas ajenas. Todo ello se evidencia en los atributos que recibe: puede ser tanto gracioso como antipático, puede ser culto o analfabeto, ridículo, miserable, delincuente, sabio, filósofo... Ni siquiera cabe decir que exista un tipo de "pícaro" ideal porque al manifestarse proyectivo, espejo o reflejo de sus circunstancias, pasa a ser signo de otra realidad. Correspondencia de otra mirada.

La búsqueda de un "signo de legitimidad"

El hecho de que las tretas del pícaro sean las que condicionen y construyan su imagen, al ser la picaresca una forma de vida que va emergiendo de una existencia ajetreada, dificulta el encontrar un pícaro ideal, de origen o cualidades estables. Quizás sea esto condicionante de la necesidad de darse en cada ocasión un origen y una existencia que lo constituya como persona, como individualidad. Sentirse signo de una actuación, y de unos fundamentos sociales que lo definan, lleva a la búsqueda de un origen y, con ello, de una recreación en lo mítico; procura una estructura verosímil que le dé vida, individualidad, conciencia de existir en un principio, de otra forma, de una forma legítima.

Como esa actuación es lo único que posibilita su origen, necesita de otro discurso que construya su *signo de legitimidad* y de conformidad. Un signo que lo constituya como el verdadero individuo que es, que lo sustantive y que no lo atribuya, que permita nombrarlo. Ese signo de legitimidad, individual y particular, debe buscarse en el principio de su vida, en su nacimiento, en su prehistoria, en el origen del origen anterior al de su "vida picaresca".

En la mayoría de las obras enmarcadas en el género picaresco existen dos momentos bien diferenciados, estructuralmente, desde el punto de vista de la historia que se nos narra:

a) El primero, está vertebrado sobre su andadura picaresca: reflejo del determinismo ambiental, y de la existencia del “yo” como medio, estructurado por secciones puntuales y anecdóticas en las que el protagonista se ve envuelto y que constituyen el grueso de la obra. En otras palabras, nos referimos a los distintos episodios que vive el pícaro y que constituyen un discurso fragmentado, en la mayoría de los casos, pero único por tener como hilo de unión de tales situaciones al mismo protagonista.

b) El segundo, es el referente a su supuesto origen y a su supuesta ascendencia, a su supuesto nacimiento y a su supuesta procedencia. Y marco tanto la “suposición” de ese origen no fortuitamente, sino de modo totalmente premeditado.

Puede hablarse, de este modo, de un discurso que construye en paralelo un subdiscurso. Considero que aquí se delimitan dos momentos y se habla de dos orígenes, el uno anterior al otro: un origen condicionador y otro creado y necesario. Lo que quiere oír el otro y lo que el pícaro quiere que se oiga.

Este segundo discurso es el que me interesa analizar, porque la recurrencia al origen inmediato, a una genealogía informativa, tiene que ver únicamente con una función de necesidad. La necesidad de dar fe y mostrar una existencia real, no un reflejo; una actitud ante la vida, no una suma de acciones. Esta es la segunda realidad que viene a mostrarse en ese subdiscurso del que hablábamos más arriba.

El pícaro *Lazarillo* comienza su discurso con la necesidad de contar su historia desde el principio *porque se tenga entera noticia de mi persona*⁶; y de este modo dice:

Pues sepa Vuestra merced, ante todas cosas, que a mí llaman *Lázaro de Tormes*, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre; y fue de esta manera: Mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molinenda de una aceña que está en la ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años; y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí. *De manera que con verdad me puedo decir nacido del río.*⁷

Lázaro se presenta y da su nombre. Para narrar su ascendencia, nombra a sus padres, su condición y su procedencia (Salamanca). La actividad del padre

era la de hacer funcionar una aceña en la ribera del río Tormes, cuya rueda es movida por la corriente de agua.

Puede observarse que son tres los elementos principales que estructuran la descripción: *el quién*, que corresponde al origen de sus progenitores, a su condición y actividades diarias; *el cómo*, en el que se hace referencia a la manera y el modo de nacer, que es azaroso, mientras su madre lavaba; y *el dónde*, el lugar, el espacio, que corresponde a un referente geográfico real: Tejares, Salamanca, y el río Tormes. La topía se crea con elementos del hábitat natural, en un espacio abierto en el que el río y el molino se unen por la corriente de agua, lo que obviamente expresa un movimiento circular, dinámico, y constante.

De estos tres elementos, el espacio será la unidad significativa, porque permite crear una diferencia entre ese espacio ambiental, condicionado por el carácter y el lugar en que se mueven sus padres (personas humildes y de origen bajo), y ese espacio original, que se toma para dar vida a su persona y *nombrarse*. Lázaro, nominándose, se creará a sí mismo como individuo, como *ser*, no como *medio* de acciones y proyecciones. La propia naturaleza, el río, es quien le da nombre. La necesidad de contar su historia desde el principio incluye nombrarse y contextualizarse en un espacio determinado. Espacio que, ante la ausencia de marca temporal, implica el mismo tiempo mítico. Es el río de la vida, de la aventura, el devenir de la propia Fortuna. El determinismo de su condición como individuo viene sellado por el movimiento circular del molino, en el que se aúnan el viento y el agua, en movimiento, en dinamismo. Su signo, ese gnorisma legítimo que tomará para nombrarse proviene así de uno de los cuatro elementos primarios: el agua. El agua, que en tantas ocasiones se personifica en un Dios-río y que, como elemento, simboliza en sus manifestaciones antropomórficas perfectamente la doble función femenina y masculina de la procreación, de lo primero.

Idéntica necesidad de nombrarse y ubicarse espacialmente, míticamente en un origen, muestra *Estebanillo*⁸:

(...) Sólo sé de mi nacimiento que me llamo Estebanillo González, tan hijo de mis obras que si por la cuerda se saca el ovillo, por ella sacarás mi noble descendencia.

Mi patria es común de dos, pues mi padre, que esté en gloria, me decía que era español transplantado en italiano y gallego enjerto en romano: la *una cabeza del mundo* y la *otra rabo de Castilla*, servidumbre de Asturias y albañar de Portugal; por lo cual me he juzgado centauro a lo pícaro; medio hombre y medio rocín...⁹.

Los mismos elementos aparecen aquí e igualmente Estebanillo duda y rechaza este origen ambiental que se le otorga. No entiende que pudiendo nacer en Italia, junto al Tíber, naciera junto al *Miño*. Al no entender, interpreta, y al interpretar recrea su discurso fundacional y explicativo. Pudiendo nacer como él dice:

(...) en las cenefas y galón de plata de la argentada orilla del celebrado Tíber, entre abismos de deleitosos jardines y entre montes de edificios insignes y sobre tapetes escarchados por la copia de Amaltea, cunas y regazos de Rómulo y Remos (...) ¹⁰

fue a nacer:

(...) de su barriga, en el *aguanoso margen del Miño*, entre piélagos de Nabos y promontorios de castaños (...) ¹¹

El relativismo de su nacimiento, el poder ser descendiente de uno u otro lugar, ser tanto español como italiano, viene a coincidir con el mismo margen, con la línea de lo posible o de lo no posible, con la ambivalencia de toda frontera establecida entre espacios, con la delimitación de lo indelimitado. La incertidumbre de su origen, en este caso, sólo podrá ser desvelada en el “juicio final”, que:

(...) por ser tiempo de decir verdades, -dice Estebanillo- presumo que no la negarán mis padres, con que todos saldrán de sus dudas y yo sabré si soy vasallo de un Sumo pontífice o de un Rey de España (...) ¹²

Estebanillo y Lázaro reniegan de su origen -incierto, condicionante y sobrepuesto- y se ven en la necesidad de construir uno nuevo. Si Lázaro nació del río, Estebanillo se nombra y juzga como Centauro; su doble condición y procedencia le hace construir una imagen mítica que unifique la condición humana y la animal. Lo cerebral y lo natural. La imagen del centauro puede considerarse como reflejo del condicionamiento terrenal, geográfico, pues es en el acuanoso margen del río Miño en el que establecerá su signo original.

El efecto de lo azaroso, del movimiento, y del dinamismo en este caso trascienden lo anecdótico para establecerse, incluso, a nivel de discurso mediante un tiempo presente repetitivo. Como él mismo dice durante el “interin” (refiriéndose al intermedio y antes del Juicio Final, a su vida picaresca):

(...) haré como hasta aquí he hecho, que ha sido a dos manos, como embarrador, siendo español en lo fanfarrón y romano en calabaza... pues con el alemán soy alemán; con el flamenco, flamenco; y con el armenio, armenio; y con *quien voy, voy y con quien vengo, vengo* (...) ¹³

En este caso, los elementos que condicionan esa relación, aunque distintos, confluyen con los anteriores. Esos espacios geográficos con referentes reales reflejan una distinción de clase: la oposición entre Galicia (referenciada por el *albañar*) e Italia (representada como *cabeza pensante*). Dos elementos opuestos y distanciados que se consideran la unión de lo más bajo y lo más alto, una síntesis de opuestos. El Centauro, mitad hombre y mitad caballo, configura simbólicamente el predominio de la naturaleza inferior frente a la superior. Pero su movimiento viene determinado por la mitad animal, la más cercana a la Tierra, al suelo, a la realidad.

El nacimiento en las riberas del Miño coincide con el origen elegido por Lazarillo. El agua vuelve a representarse como río de la vida, agua dinámica y en movimiento que viene a corresponderse con ese *con quien voy, voy y con quien vengo, vengo* muestra de una actitud ante la vida.

El agua del Sur será procreadora, madre y origen también del pícaro sevillano *Guzmán de Alfarache* que, como los anteriores, recurre a su genealogía y dice nacer de los amores de un “aventurero” (antes casado en Argel con una mora riquísima a la que ha robado y abandonado) y de una mujer que convive con un “viejo caballero” y lo hace pasar por hijo de éste. De *ese quién* condicionante de su origen pícaro se pasa a relacionar el *cómo* y a describirse el *dónde*, el espacio en el que tiene lugar el encuentro de sus supuestos progenitores. Guzmán lo recrea de esta manera:

Era entrado el verano, fin de mayo, y el pago de Gelves y San Juan de Aznalfarache el más deleitoso de aquella comarca, por la fertilidad y disposición de la tierra, que es toda una y vecindad cercana que la hace el río Guadalquivir famoso, regando y calificando con sus aguas todas aquellas huertas y florestas. Que con razón, si en la Tierra se quiere dar conocido paraíso se debe a este el nombre dél. Tan adornado está de frondosas arboledas, lleno y esmaltado de varias flores, abundante de sabrosos frutos, acompañado de plateadas corrientes, fuentes espejadas, frescos aires y sombras deleitosas donde los rayos del sol no tienen en tal tiempo licencia ni permisión de entrada ¹⁴

Es inevitable no relacionar este espacio de manera simbólica con los orígenes mítico-religiosos del jardín del Edén: el jardín en el que sus padres cometen el adulterio y del que surge un estigma de culpabilidad y oscuridad desde el origen. No puede negarse, igualmente, la reminiscencia al pecado original como estigma de un mal condicionado que determina su vida y su destino. El rechazo a admitir ese origen, como Lázaro o Estebanillo, junto a lo azaroso implicado en su nacimiento, provoca aquí también su nombradía:

Yo fui desgraciado como habéis oído: quedé sólo sin árbol que me hiciese sombra, los trabajos a cuestras, la carga pesada, las fuerzas flacas, la obligación mucha, la facultad poca... El mejor medio que hallé fue probar la mano para salir de miscría, dejando mi madre y tierra. Hícelo así y para no ser conocido, no me quise valer del apellido de mi padre: *púsemos el Guzmán de mi madre y Alfarache de la heredad adonde tuve mi principio. Con esto salí a ver mundo (...)*¹⁵

La descripción de este Jardín con resonancias míticas y el sello ambiental que determina un pecado, hace que se renombre y que se desembarace de su carga. De este modo se crea en la heredad de las riberas del Guadalquivir, y renuncia al primer sello de los progenitores, renuncia a esos sujetos creadores, a los momentos azarosos, y toma el nombre de ese espacio líquido, sin forma, origen de lo primero aún no amoldado, imposible de apresar en algo fijo, fluente y siempre origen y principio. Un retorno y una asimilación de lo preformal, un renacimiento proveniente de su nombradía.

Del mismo modo, la pícara *Teresa del Manzanares*, dedica los dos primeros capítulos de su discurso a relatar su prehistoria remontándose a sus abuelos (gente humilde) y ubica a su madre geográficamente en Galicia. Ésta es una aventurera, que una vez huérfana se echa a andar con un movimiento itinerante, de posada en posada dando sus servicios hasta llegar a Madrid. En Madrid se produce el encuentro con su supuesto padre: un lacayo francés, llamado Pierres, al que presta sus servicios de lavandera. Describe Teresa ese *quién* extensamente, y refiere también el cómo acompañado necesariamente del *dónde*. Es en el transcurso de las amonestaciones previas al matrimonio, cuando:

la hija de mi madre (que soy yo) –dice Teresa– *se forjó en las riberas del señor Manzanares* porque persuadida de Pierres (...) no supo hacerle resistencia, brindada de la soledad del campo. En aquella ribera se formó Teresa de Manzanares, dándome el apellido el mismo río (...)¹⁶

La línea de construcción, la búsqueda de una nombradía y legitimidad establecida mediante un hábitat natural, en este caso la ribera del río Manzanares, vuelve a establecerse como principio constante. Esa necesidad de un origen primero queda significada por el agua nuevamente. Teresa, aun presentando la figura de sus progenitores, selecciona el nombre de la Ribera para conformarse como sujeto, darse legitimidad de origen, establecerse como ser de descendencia de la misma naturaleza, de uno de sus principios elementales, como el Lazarillo al Tormes, como el Guzmán al Guadalquivir, como el Estebanillo al Miño.

No puede dejar de nombrarse el caso del famoso *Simplicius Simplicissimus*¹⁷. Cuya genealogía –enmarcada en un referente geográfico germánico– va a cumplir una función parecida a los ejemplos tomados anteriormente. Un texto de las mismas características de los anteriores en el que Simplicius comienza su genealogía hablando de esta forma y sin seguridad alguna:

debo descender de un gentil hombre o al menos de un humilde señor, pues por naturaleza me siento inclinado a realizar menesteres de hidalgo si dispusiese de medios e instrumentos para ello. (...) mi linaje y mi educación se pueden comparar a los de un príncipe (...)¹⁸

Como todos los personajes que hemos apuntado hará referencia a una realidad geográfica espacial reconocible en lo real, el Spessart. Una región montañosa formada por tupidos bosques, que constituye una zona limítrofe con Franconia y está bordeada por el río Main, que desemboca en el Rin y tiene como ramajes maternos al Mar Rojo y al Mar Blanco.

Se centra en la descripción del palacio paterno y lo contrapone a la riqueza y virtuosismo del de un Rey. El hogar de su padre es un palacio *pintado de lodo y techado de paja, frente a la estéril pizarra, frío plomo y rojo cobre; rodeado de muros de madera de roble, de este útil y noble árbol, en el que crecen el embutido y los gordos jamones y el que precisa de más de cien años para alcanzar plenitud*¹⁹. Describe más abajo las habitaciones del palacio, que su padre *dejó ennegrecer de humo simplemente porque éste es el color más estable del mundo*.

Del *quién* –recreado con cierto bucolismo– pasa directamente al *dónde*, y aclara:

(...) Y si por esta vez no me extiendo en informar sobre la estirpe, el linaje y el nombre de mi padre, lo hago por razones

de brevedad...baste con saber que yo nací en *Spessart un lugar donde los lobos se dan mutuamente las buenas noches...*²⁰

Quizás el rasgo característico de Simplicio es el de no nombrar a su madre, por ello hay una ausencia del *cómo*, y del encuentro de sus supuestos progenitores. No obstante, la relación que establece con la larga y detallada descripción de la casa puede corresponderse con la de un contacto maternal-filial. Pero es el espacio el que significa su origen elegido; por ello se ubica en un referente real y fronterizo, como los otros pícaros, en ese intento de aferrarse a lo más elemental, al origen de lo natural. Un espacio idealizado como su origen y su primer recuerdo. Un espacio que es toda naturaleza y que se baña por el Río Main. La casa y el agua vienen a ocupar el lugar materno, el espacio de la fecundidad y el lugar de reposo, cuidado, tranquilidad y cobertura original.

En el origen común del agua

Todos estos ejemplos son suficientes para poder demostrar el planteamiento con el que se abre este texto. Se partía de la consideración de lo Pícaro como atributo, como reflejo de una actuación dependiente de circunstancias externas que por sí existen, y de la conciencia del narrador autobiográfico de estos textos de su condición de “sujeto medio”, “sujeto pícaro”, punto de partida en su discurso. El hecho de seleccionar como uno de los elementos significativos de su vida su genealogía, su origen, se convierte en una constante significativa que, inevitablemente, requería atención por parte del lector. Esa prehistoria, esa búsqueda de la concepción primaria y del origen, va a tomar en el plano textual, como se ha visto, la descripción y contextualización de unos *quiénes* (*elementos procreadores*), de unos *cómos* (*modos de nacimiento o fecundación*) y de unas *dóndes* (*lugares del hecho*). Presentar la relación de personas, maneras o modos y espacios que muestran ese subdiscurso necesario. Todos estos pícaros se unifican en un espacio. Un habitat natural, un elemento principal y dinámico: el agua, cuyas aportaciones simbólicas se han ido apuntando. Agua de la fecundidad, de la limpieza, del nacimiento, del lugar del abrazo materno, incluso del origen mismo baustimal de la nombradía. Agua donde todo es espacio y nada es tiempo, donde se instala el origen de los orígenes, que no permite reflejo, que es camino.

El dar cuenta de su genealogía va a convertirse en la búsqueda de un verdadero origen como persona, de un posible *determinismo original* que explique ese *determinismo ambiental* que sufre la figura del pícaro, y que anule

el principio y el sello, la carga y el peso de éste último. Es la necesidad de sentirse un ser legítimo la que lleva al pícaro, mediante un procedimiento similar a la anagnórisis, al deber de encontrar –o de crear– el sello de su nacimiento, la marca o signo que es su vida, su signo individual: un signo que va a ser tomado de la naturaleza misma y con el que se da nombramiento y renacimiento. En otras palabras, autonomía.

Porque, por otra parte, esa experiencia –ya vivida de la “vida pícaro”– con la que mira el narrador desde el ahora en que escribe permite que este sujeto se juzgue, y que juzgándose desde fuera pueda juzgar la sociedad que lo contextualiza.

El sujeto pícaro se crea un origen porque el que le viene determinado por esa supuesta ascendencia es el que corresponde a su “vida pícaro”, a su vida creada y reflejada, a su “parecer ser” no a su “ser”. La caracterización y referencia a sus progenitores sirve para, indirectamente, mostrar cómo en todos ellos no hay nada que los particularice, pues su caracterización se encasilla al grupo social al que pertenece por sus movimientos (todos en su mayoría de origen humilde y pasado oscuro, aventureros, truhanes, prostitutas o hechiceras y que tiene sus encuentros de forma azarosa o mediante estrategias, ya timbradas de marginalidad y muestra de capas más inferiores, fuera de la norma y del sistema), y para evidenciar el sello que determina su condicionamiento existencial, signo de lo atribuido por acciones y miradas ajenas.

Ante ese discurso, el pícaro reniega y elige un *determinismo original*, cuya característica principal será lo cambiante, lo camaleónico, lo intermedio, por ser un ser que nace y es del río, o es centauro, pero sin forma definida: que es naturaleza en sí (pero fluente y movable, pero que corre y se adapta a los desniveles y a las rocas, como el río) o que contiene en sí una doble naturaleza que además es adaptable a lo que viene. Una actitud ante la vida, no un parecer. La individualización ante una realidad desindividualizada.

El pícaro no busca su origen perdido, sino que intenta mostrar su actitud de desengaño ante la existencia. Dar cuenta de que la vida auténtica es un ser, por eso toma como origen a la misma naturaleza y al agua de la vida, pero a la que es dinámica y movable, la que no permite la posibilidad de ningún reflejo en ella.

La edición de *La Pícaro Justina* de 1605 exponía este grabado en la portada²¹: En él pueden diferenciarse perfectamente dos niveles o espacios: lo

exterior y lo interior, el parecer y el ser. El marco lo componen motivos que reflejan las atribuciones o "ajuares de la vida picaresca" (la música, la comida, el vino, el juego, y el azar). En el interior se representan los pícaros que hasta el momento componían la narrativa. En la "nave de la vida picaresca" aparecen la madre Celestina, La pícaro Justina y el pícaro Alfarache; el Lazarillo rema en una pequeña barca que se une por una sogá a ellos. La ociosidad tendida es el emblema de la nave, el tiempo es el que rema y el que los lleva "sin sentir", sin existir, ajeno a ellos. El gallardete, expone "el gusto me lleva". Todos derivan, y eso es lo significativo, sobre el agua en movimiento. Todos reposan sobre ella, pero no se contemplan, no miran el reflejo, el único reflejo lo produce la muerte, que representada con un esqueleto desde el Puerto, lleva un espejo en su mano izquierda de cara a la escena y muestra el reflejo de la realidad, que se transcribe con la palabra "Desengaño".

NOTAS

- 1.- Este texto corresponde a una comunicación presentada en el VIII simposio de la A.V. S., celebrada en Bilbao los días 12, 13 y 14 de Diciembre de 1996. El tema: *El relato de los orígenes*.
- 2.- Rafael Dieste: *Historias e invenciones de Félix Muriel*; Madrid: Cátedra, 1985.
- 3.- No entramos aquí en el significado de la novela picaresca. Numerosos estudios lo han hecho desde distintas perspectivas. Entre ellos: Américo Castro: "Perspectiva de la novela picaresca" en *Hacia Cervantes*, 3º edición; Madrid: Taurus, 1967. Ángel Balbuena Prat: *La novela picaresca española*, 4º ed.; Madrid, Aguilar, 1962; Alonso Zamora Vicente: *Qué es la novela picaresca*; Buenos Aires: Columbia, 1962.
- 4.- En el Prólogo a la edición de *La vida del Buscón llamado Don Pablos*; Madrid: Cátedra, 1995; realizada por Domingo Ynduráin. (p. 14).
- 5.- *Ibidem*
- 6.- "Prólogo" de *El Lazarillo de Tormes* (ed. Francisco Rico); Madrid: Cátedra, 1992, p. 11. La cursiva es nuestra.
- 7.- "TRACTADO PRIMERO: Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fue", Ob. Cit. p. 12-14. La cursiva es nuestra.

8.- *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor. Compuesto por él mismo*. (ed. Antonio Carreira y Jesús Antonio Cid); Madrid: Cátedra, 1990.

9.- "Capítulo I: En que da cuenta de su nacimiento"; Ob. cit. pp. 31-33.

10.- Ob. cit. p. 34.

11.- *Ibidem*.

12.- Ob. cit. p. 37.

13.- Ob. cit. pp. 37-38

14.- Mateo Alemán: *Guzmán de Alfarache* (Primera parte 1, 2), (ed. José María Micó); Cátedra, Madrid, 1990, p. 147.

15.- Ob. cit. p. 162

16.- "La niña de los embustes. Teresa de Manzanares natural de Madrid" en *Novela picaresca española*. Tomo III: Ed. Noguer y Gredos. (Selección y notas de Alonso Zamora Vicente); Barcelona, 1986, p. 152

17.- H. J. CH. Von Grimmelshausen: *Simplicius Simplicissimus*, (ed. y trad. de José Manuel González); Madrid: Cátedra, Letras Universales, 1986.

18.- "Capítulo I: En que se nos anuncia el linaje campesino de *Simplicius*"; Ob. cit. pp. 51-52

19.- Ob. cit. p. 52

20.- Ob. cit. p. 53

Coronada Pichardo